

# CHISMO GRAFIA HISTORICA

163  
178

*Avance dic. - 17 - 1938'*

## (CONTINUACION)

Este teje y maneje de nacimientos y bautizos, para dejar a salvo el honor de la futura y honorable «Madame Mére» es una especialidad de Leticia: José, nacido en 1765, como hemos visto, se le hace surgir en 1768; el mismo Napoleón nacido en 1768, hácenle nacer en 1769; y Mariana Elisa, nacida en 1769 figura nacida dos veces, en 1771 y 1769.

El evangelista de Madame Mére, Mr. Larrey, ha debido volverse loco para legalizar oficialmente el árbol genealógico de los Bonaparte, a los que hizo descender de una familia guelfa, de «La BuonaParte», de nobleza acrisolada y honor sin tacha.

Nace Napoleón en Corte, el 7 de enero de 1768, hijo legítimo, según la fe de bautismo del ilustrísimo señor Carlos Buonaparte y de doña Leticia Ramolino; imponiéndosele en la pila bautismal de la iglesia parroquial de la Santísima Anunciación, el nombre de Nabulione. Fueron padrinos los ilustrísimos señores Juan Tomás Arrighi de Casanova y su esposa doña María.

La anterior partida bautismal es suplantada por otra, que da por nacido a Napoleón en Ajaccio, el 15 de agosto de 1769.

Al nacer Napoleón se eclipsa la estrella de Paoli que huye a las montañas, pasando la Córcega a poder de Francia. En esta huida, entre descalabros y efímeras victorias, acompañan al general Carlos y Leticia que amamanta al recién nacido. La criatura, desmedrada de origen, se deforma y raquitiza, luciendo una bamboleante y enorme cabeza.

El 9 de marzo de 1769, el dinero francés con el concurso de un ataque a fondo, desbanda en Porto Novo, las últimas huestes de Paoli, que ya no se reúnen de nuevo. Huido Paoli al extranjero, murió en Londres en 1807.

Los esposos Napoleone, previsores siempre, apresurarse a abandonar al vencido, sometiénndose al francés en 23 de mayo. Al andar del tiempo, Napoleón también vencido, se ve abandonado antes del desastre, por su hermana Carolina y todos los suyos.

Napoleón es el fiel trasunto espiritual de Paoli, «comunes son en padre e hijo —dice Vivero— la soberbia, el sentir supersticioso, el espíritu de venganza, la raposeria, la formidable aplicación a sus intereses. Si es enorme el orgullo napoleónico, su gula de gloria, Paoli no sigila tener «incredibile superbia», insaciable apetito. Aún en lo privativo de Napoleón, en lo que le transfiere el título paterno de primer capitán de Eurcpa, ¿no consigue su nombradía merced a los movimientos y operaciones rapidísimos que nutren la táctica del general?.. En la hora triste del destierro, Paoli engalana sus balcones cuando le notifican victorias de su hijo; y el hijo, en Santa Elena, colmará de elogios la memoria de su ascendiente mientras alude, siempre de pasada, frío y desdeñoso, al marido de su madre».

Napoleón es un Paoli traducido a francés.

Desaparecido Pascual Paoli de la escena corsa y de la doméstica del

matrimonio Buonaparte, éste debió vivir momentos de angustias e indecisiones hasta encontrar un nuevo protector.

Fué éste, Carlos Luis Renato, conde de Marbueuf, teniente general y comandante en jefe de las tropas de ocupación en Córcega. Solterón y con cincuenta años aún vigorosos, sucedió a Paoli en el gobierno de la Isla, en el corazón de madame Leticia y en el papel de protector obligado de su tocayo Carlos Buonaparte. La Ramolino fué presentada al Pncio francés por madame Varese, tía de Leticia y manceba del general; pero el otño florido de la tía fué fácilmente anonadado por la exuberante primavera de la sobrina, la que, según su costumbre, en cuanto entró en acción, comenzó a dar hijos a un Carlos, causados por el otro.

El conde de Marbeuf es llamado a Versalles y en el intermedio, 1775, cae a luz madame Leticia a Luciano, el patizambo futuro príncipe de Canino, embajador de Francia en España y el único hijo motivado por su marido Carlos Buonaparte, siendo, por consiguiente, hijo de alcohó-

lco con todas sus nefastas consecuencias.

Vuelve el protector y sigue la vida, en común que conocemos, Carlos Buonaparte, en sus continuas ansias de honores y dinero, hace frecuentes viajes, unas veces a Italia, donde consigue un título honorario de doctor en Leyes, y otras a diferentes lugares de la Isla por causa de negocios y reclamaciones judiciales al amparo del Conde; firmando sumiso, a cada vuelta al hogar, los certificados de nacimiento de los hijos que le presentan.

Resumiendo y para no alargar demasiado nuestras chismografías, nos encontramos que de los hijos, habidos legítimamente en matrimonio, por madame Mère, José, Napoleón y Mariana Elsa, fueron debidos a las asiduidades de Paoli; Luciano, por casualidad, fué del marido; y Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo, debieron a los esfuerzos, quizás combinados, del muy alto señor conde de Marbeuf.

No hay que tener muy en cuenta las fechas históricas de los nacimientos anteriores, pues ya hemos hablado de la habilidad de madame Leticia para hacer nacer a sus hijos en momento oportuno.

Marbeuf protegió espléndidamente a toda la familia, debiéndole Napoleón Bonaparte su ingreso en la Escuela Militar de Brienne, Mariana

Luisa en el colegio de Damas Nobles de Saint-Cyr y el futuro cardenal Flesch, sus primeros pasos en la carrera eclesiástica.

Napoleón nunca fué amado por los suyos, lo explotaron sencillamente. La misma madame Mère, deslumbrada por la apoteosis del Imperio, demuestra la poca fe en su hijo, cuando repite: «Pourvu que ça dure» —con tal que esto dure—. Josefina y María Luisa lo ridiculizaron; madame Denuelle, lectrice de Carolina, adelanta media hora el reloj en sus entrevistas amorosas; la Walewska se entrega por patriotismo, de ella tiene un hijo que en el segundo Imperio ocupó altos puestos diplomáticos; Sola la hija de Josefina, Hortensia, ama a Napoleón, quizás deslumbrada, indignándose ante las infidelidades de la madre. También l-Aiglon, veneró siempre la memoria de su padre. El mismo Napoleón en el auge de su poderío, decía refiriéndose a los suyos: «Me miran como si fueran miembros de una familia real cuyo trono yo hubiera usurpado». Stendhal decía que hubiera sido una gran suerte para Napoleón no tener familia.

Saltando páginas de la historia napoleónica, nos encontramos a Luis, ya rey de Holanda por obra y gracia de su hermano el Emperador, casado con Hortensia de Beauharnais, hija del primer matrimonio de la Emperatriz Josefina y por ende hijastra de Napoleón. De Josefina y de su primer encuentro con el corso, pudiéramos hablar mucho, verdades y anécdotas, pero la cuestión tiempo nos lo impide.

El frío matrimonio de Luis y Hortensia, ésta aún más hermosa y tan atractiva como Josefina y menos frívola, vivió siempre carente de penetración y alejado. De los hijos que tuvieron, Napoleón Carlos, muerto niño, fué achacado al imperial padraastro —si es cierto, la moralidad de los Napoleones no debió alarmarse—; el segundo, Luis Carlos Napoleón, murió mozo en Italia, y Carlos Luis Napoleón, después Napoleón III, emperador de los franceses, fué hijo del almirante holandés Ver Huell, de quien era fiel trasunto. Hortensia tuvo después con el general francés Flahaut, un hijo que no hubo manera de hacerlo pasar como legítimo, debido a la separación prolongada de su esposo Luis, siendo adoptado por un buen avernés llamado Demorny, encargándose de su educación su abuela paterna. Andando el tiempo, éste De-

164  
179

n.orny se convirtió en el duque De Morny, figura central del segundo Imperio, aspirante a la corona de México y que tuvo la suerte de morir antes del derrumbamiento de los Napoleones.

Esto nos hace pensar en las juguetas que la Vida suele a veces hacer a la Historia. Napoleón III, el Pequeño, como le llamara Víctor Hugo, sucesor de Napoleón el Grande y sin una gota de sangre napo-

leónica en sus venas, quizás por suerte suya. Hijo de Hortensia Beauharnais y del almirante Ver Huell, ¿qué tenía de común con los Bonaparte?... En cambio, en la Corte de Austria, víctima de la política antinapoleónica de Metternich, vivía el duque de Reichstad, el Aguilucho, el que al nacer fué proclamado por Napoleón, loco de júbilo al creer asegurada su dinastía, como rey de Roma.

Los pocos años que transcurrió en la tierra el hijo de Napoleón y Maria Luisa, adorando al padre y envidiosos de la madre, fueron de un continuo pensar en la gloriosa epopeya napoleónica y en un ardiente deseo de continuarla; pero a este último, se opusieron Metternich y la tuberculosis.

Durante los Cien Días la Cámara de Diputados de París, al aceptar la abdicación del padre le proclamó como Napoleón II, pero el desastre de Waterloo convirtió en arena todas las ilusiones napoleónicas y el hijo del Aguila, al perder sus títulos franceses, se convierte en duque Reichstad, ducado que le concediera su abuelo el emperador Francisco II de Austria.

Su vida triste y contrariada en el palacio de Schcenbrunn, encuentra suavidad y consuelo en la dulce amistad de la princesa Sofia, hija del rey de Baviera y esposa del archiduque Francisco Carlos José. Casada en plena juventud con un hombre ceremonioso que muy bien pudiera ser su padre, comenzó interesándose por la triste suerte del hijo de Napoleón, culminando tanto interés en un idilio. Metternich enterado, creyó favorable a sus miras políticas no oponerse, puesto que el Aiglón le servía para tener a raya tanto a Luis XVIII como a Carlos X y a Luis Felipe bajo la amenaza de una posible restauración napoleónica, y la archiduquesa dió a luz un rollizo infante al que pusieron por nombre Francisco-José. el que ocupó el trono de Austria hasta muy entrado el siglo XX.

165  
170

Así como la litografía ha popularizado un grupo de Napoleón I teniendo sobre sus rodillas al futuro Napoleón III que no era su sobrino, así también dió a la publicidad otro retrato del duque de Reichstad teniendo en brazos a Francisco-José que no podía ser su hijo.

El Aguilucho halló un remanso de amorosa serenidad junto al corazón de la archiduquesa Sofia, pero Meternich, siempre alerta, encontró aquello demasiado burgués y, temiendo futuras complicaciones pues hasta la salud quebradiza del duque se iba afianzando, pone en el camino de sus 20 años a Fanny Essler, hermosa bailarina de la Opera Imperial de Viena. Complicóse la vida amorosa del duque de Reichstad entre la archiduquesa y la bailarina pues, al no desatender a una ni a otra exacerbase su mal acelerando el fin rápidamente. Ya moribundo, como todo marido correntón excedió del cortejo, viendo siempre afa-

nosa a su alrededor, con algo de ese amor maternal que a él siempre había faltado, a la archiduquesa; pero al extinguirse, en la madrugada del 22 de julio de 1832, Sofia no pudo recoger su último aliento pues acababa de dar a luz a su segundo hijo, Maximiliano, el futuro mártir de Querétaro.

¡Qué irónica es la Vida! Napoleón III, jefe y representante de la dinastía de los Bonaparte, a la que no pertenece por la sangre, enfrentándose en Melegnano, Magenta y Solferino, como paladín de la unidad italiana, al emperador de Austria, Francisco-José de Habsburgo, descendiente directo al parecer del Corso... Napoleón III, ayudando y abandonando después a Maximilia-



Maria Luisa de Hapsburgo Lorena, Emperatriz de los franceses, segunda esposa de Bonaparte.

no, archiduque de Austria, en la loca empresa de México, sin pensar que aquella sangre que salpicó el Cerro de las Campanas, era napoleónica...

Detalles de todo lo anterior con las diferentes partidas de bautismo y demás documentación referente a la familia de Napoleón lo encuentran ustedes en «El extravío sexual de los Bonaparte —Una familia extraña—» de Augusto Vivero, con prólogo de Rafael Gasset, talleres tipográficos de «El Imparcial», Madrid, 1921, y «Cómo vivió la Emperatriz Eugenia» de Augusto Martínez Olmedilla —Editorial Pueyo— Madrid, 1934.

**C**ARLOS III fué un gran rey que al trocar el trono de Nápoles por el de España, legó a los españoles una triste teoría de reyes y reyezuelos modelos acabados de idiotez, incapacidad y degeneración.

Durante su reinado pudo ya apreciar las dotes del Príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, hombre sano, crédulo y honrado a carta cabal, pero, a carta cabal, también, tonto de remate.

La Princesa de Asturias, María Luisa de Parma, francamente fea, pero con los atractivos que le prestaban liviandad y jerarquía, se dedicó con ahinco toda su vida a mirrotaurizar a su consorte, el que tuvo la dicha de irse al otro mundo ignorante de todo, creyendo en su mujer y adorando a Godoy, cómplice principal, pero no único, como

veremos, en los juegos pecaminosos de la italiana.

El Príncipe de Asturias, era, como su padre, ferviente aficionado a la caza, la que practicó durante todos los días de su vida; ella le sirvió de refugio y oasis para no mirar a su alrededor. Por otra parte, su corazón recto y hombría de bien en combinación con su escasez mental, le hacían de todo punto inexplicables e inadmisibles las miserias podredumbres y traidoras liviandades en que vivió siempre encenagada su consorte.

Cuenta lord Holland que habiendo oído una vez Carlos III al Príncipe de Asturias discutir con varios nobles de la Corte, acerca de la imposibilidad en que se encontraban las damas reales para faltar a sus deberes como esposas, debido a no encontrar fácilmente a mano varones de su misma alcurnia con quienes pecar, le interrumpió diciendo: «Carlos, qué tonto eres».

Don Eugenio Eulalio Portocarrero y Palafox, conde de Teba y primogénito de la condesa de Montijo, que con el duque de Béjar y don Agus-

466  
181

tin de Lancastre se reunían por las noches en las habitaciones de los Príncipes de Asturias para jugar a las cartas y a la inocente lotería de cartones, fué el primero, según dicen, que despertó los apetitos de María Luisa; y aunque el marido nada vió, no así el suegro, que desterró inmediatamente a Teba de la Corte.

Dño Agustín de Lancastre, hijo del duque de Abrantes, recién llegado de la Corte de Francia, con la aureola de haber cortejado a la Dubarry y bromeado con el viejo mariscal de Richelieu, recogió fácilmente la sucesión del conde de Teba; pero Carlos III, siempre al quite, lo destierra también obligando a María Luisa a conformarse, por el momento, con las vulgaridades del marido. Mas este incoloro momento es de corta duración, pues llegó la privanza de don Juan Pignatelli, guardia de Corps, y con ella la rivalidad entre María Luisa y la duquesa de Alba, doña María Teresa Cayetana de Silva, par en liviandad con la Princesa e inmortalizada por el pincel de Goya en sus dos célebres Majas.

El intransigente padre Hita, confesor de Carlos III, no cesaba de incitar a Su Majestad, para que amonestase al Príncipe de Asturias por su credulidad y condescendencia con María Luisa a lo que, impaciente el monarca, replicó: «Padre, no me regañe más, harto hago con desterrar a los amantes de mi nuera, pero si mi hijo se empeña en ser c... (y aquí una palabra fuerte, pero expresiva), ¿qué quiere Vuestra Reverencia que yo le haga?»

Concluido el reinado de Pignatelli entró de tanda el también guardia de Corps, Antonio Ortiz, el que, ante todo buen mozo y por ende insustancial y pagado de sí mismo, publicó la novela «Celmira» relatando descaradamente, sus amores con la Princesa. La gracia de un grado al que no tenía derecho, fué el pasaporte que a Ortiz diera el hastío de María Luisa.

Y comienza la dinastía de los Godoy: la privanza de Luis, el mayorazgo, duró poco, siendo desterrado a Badajoz con el grado de Capitán de Milicias, por el que perdió su brillante uniforme de la Guardia; pero la de Manuel duró hasta la muerte de María Luisa con algunos intervalos, de ellos, sólo digno de tenerse en cuenta el que practicó la italiana con el caraqueño, también guardia de Corps, don Manuel Mallo.

Por aquellos días se encontraba en la Corte un paisano y amigo íntimo de Mallo, el joven subteniente de las Milicias de Aragua, don Si-

món Bolívar y Palacios, el que por mediación del favorito de turno, se granjeó las simpatías de la Reina pero sin despertar sus apetitos ni curiosidades, quizás por que María Luisa no llegó a ver en el barbilinco venezolano al futuro Libertador que tantos países independizara y tantos corazones femeninos rindiera: así como Teresa Cabarrús no supo adivinar en su enamorado Bonaparte, al futuro Napoleón I, perdiendo con su torpeza la oportunidad de una corona.

El 14 de diciembre de 1788, falleció cristianamente el buen rey Carlos III, sucediéndole su hijo Carlos

IV. A partir de entonces, María Luisa peca ya sin cortapisa alguna y su Manuel Godoy —a quien casi dobla la edad— conviértese en amo de España. En efecto, a los 25 años, el favorito es primer ministro y de ahí, en feccca sucesion, es duque y príncipe y grande de España y alteza serenísima, y caballero del Toison de Oro y Gran Cruz de Carlos III y Generalísimo y Almirante y casi soberano del frustrado reino portugués de los Algarbes, emparentando con la familia real, al matrimonio con la infeliz Infanta María Teresa de Borbón.

Llega el favorito a gobernar tan por completo a los reyes que Carlos IV mira por sus ojos y, según nos cuenta el marqués de Villaurrutia con testimonio digno de crédito, vaporea más de una vez, a su pegajosa y augusta coima.

Pero a partir del motín de Aranjuez en que el Príncipe de Asturias hizo abdicar a Carlos IV, de la misma manera fantásticamente rápida con la que el favorito se encumbró, rueda al abismo. Dato curioso: el jefe del motín de Aranjuez conocido por el «tío Pedro», fué aquel conde de Teba, primer amante de María Luisa. Quién sabe si su odio a Godoy que lo alejara de las alcobas reales tan prductivas, y sus deseos de vengarse de a tornadiza italiana, le movieron a conspirar a favor de Fernando VII.

A los 27 años de edad se eclipsa la estrella de Godoy, el cual sigue a sus amcs, primero a Bayona y Marsella —sometidos a Bonaparte— más tarde a Roma y Nápoles, yendo, a la muerte de sus señoras, a instalarse en París, donde en una miseria apenas disimulada, muere el 4 de octubre de 1851, a los 82 años. Durante 22 gozó Godoy del más omnímodo poder que nos muestra la Historia de España, viviendo en desgracia los 37 restantes de su vida. ¿Se podrán compensar los unos con los otros?

167  
182

Su vida en común con Carlos IV y María Luisa, constituye una verdadera trinidad, en que tanto los afectos como los hijos se confundían; pero no hay que negar a Godoy una inquebrantable fidelidad a sus protectores, fácil de guardar al bonachón monarca, pero un tanto difícil de conservar al tener que fingir ardores a una mujer fea, desdentada, vieja y exigente hasta el último momento. La verdadera pasión amorosa del favorito, fué Pepita Tudó, actriz mediocre pero mujer bellísima.

Después de un rey inteligente y bueno y de otro bueno a secas, sube al trono español Fernando VII, carente de inteligencia y de bondad.

Desde que tuvo uso de razón odió a sus padres y desde que fué rey, despreció a su pueblo. El odio rencoroso hacia su madre y a Godoy, sería comprensible si hubiese sido motivado por su veneración a Carlos IV y su ira, al ver como mofábase del soberano, como hombre y como rey. Pero a su padre oficial no solamente odió también, sino que aderezó dicho odio, con algo de desdén. El motín fracasado del Escorial y el logrado de Aranjuez, prueban lo dicho.

Por su parte María Luisa no se recataba de nadie para mal expresarse de su hijo. Cuando el motín del Escorial, se la oyó decir, refiriéndose al Príncipe de Asturias: «¡Qué hipócrita, bien se conoce que es hijo de fraile!» Y, cuando el de Aranjuez: «¡Es un canalla, no puede negar que es hijo de un palafrenero!» Mala memoria, fácil de explicarse en la augusta dama.

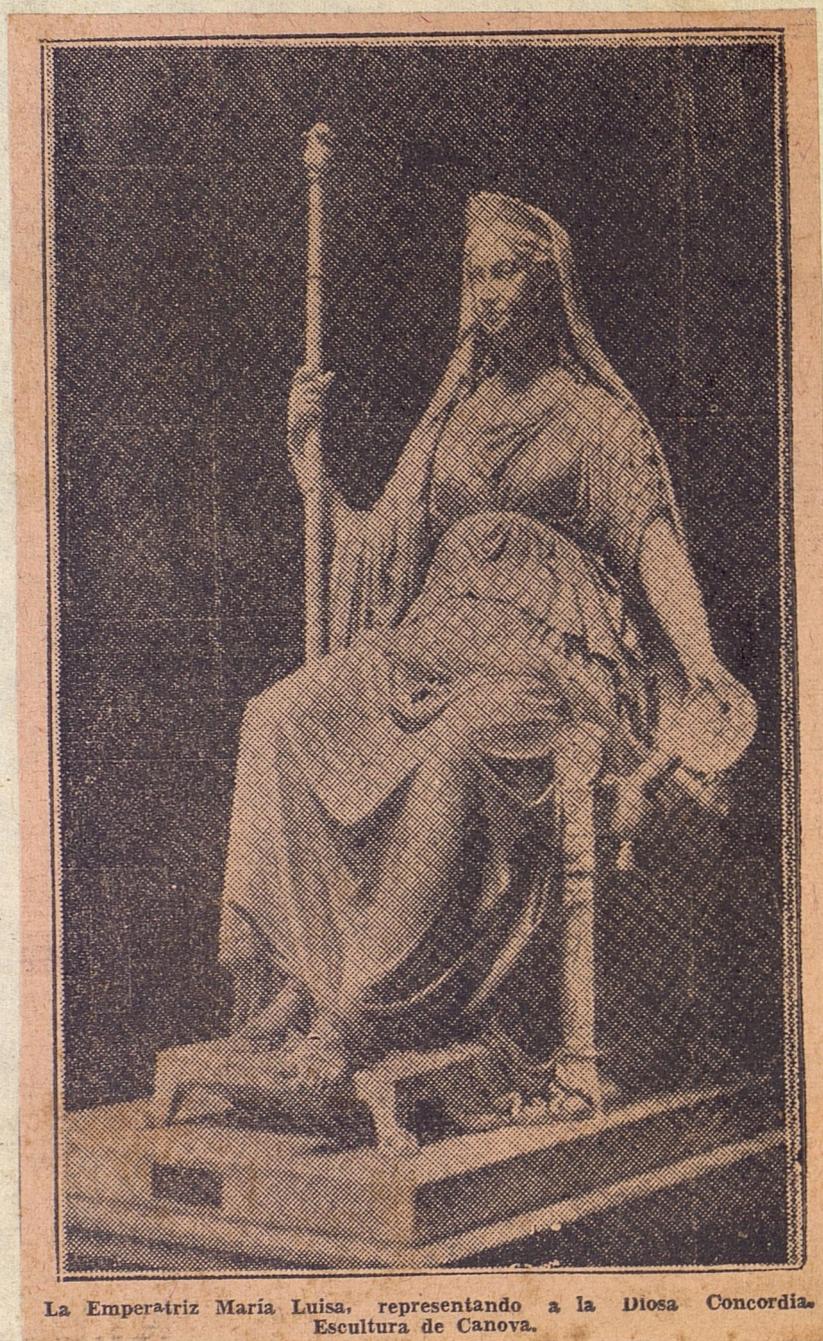
Saltando por sobre todas las iniquidades de este mal rey, lleguemos a su muerte, asistido por su cuarta esposa, María Cristina de Nápoles, la que ofreció durante cuatro años, su espléndida juventud, a aquel hombre avejentado por todos los vicios que muere caduco al rayar en los cincuenta años. Deja dos hijas: Isabel y Luisa Fernanda, ocupando el trono la mayor que tiene tres años, bajo la regencia de la Reina Vda. y gracias a la mano firme de la Infanta Luisa Carlota que además de abofetear al ministro Calomarde, supo guiar el pulso de Fernando VII que, moribundo, no pudo darse cuenta de que abolía la Ley Sálica, escamoteando el trono a su hermano y legítimo sucesor, don Carlos María Isidro. La Infanta Eulalia en sus interesantes Memorias, últimamente publicadas, nos describe este trascendental acto en la forma siguiente: «La infanta Luisa Carlota —madre de mi padre y

esposa de don Francisco de Borbon— había jurado reiteradamente a don Carlos que no sería rey de España, a pesar de que el hijo segundo de Carlos IV, era ya para todos el heredero natural de su hermano Fernando, que no tenía hijo varón. Fernando VII había tratado en veces repetidas abolir la Ley Salica para burlar a su hermano y dejar el trono a mi madre, pero Calomarde, su primer Ministro, era opuesto a ésto por prever sus graves consecuencias y había ya disuadido al rey de su empeño. Tenaz en sus rencores, la bella y caprichosa Luisa, ya moribundo mi abuelo, se las ingenió para convencerlo de que firmara el Real Decreto de la abolición. Aprovechó para esto un mo-

(Continuará Mañana)



Paulina Bonaparte.



La Emperatriz María Luisa, representando a la Diosa Concordia.  
Escultura de Canova.